

A continuación encontrarás una muestra del libro
«Las aventuras de Pinocho».

Puedes adquirir el libro aquí:
<https://www.editorialunilit.com/las-aventuras-de-pinocho>

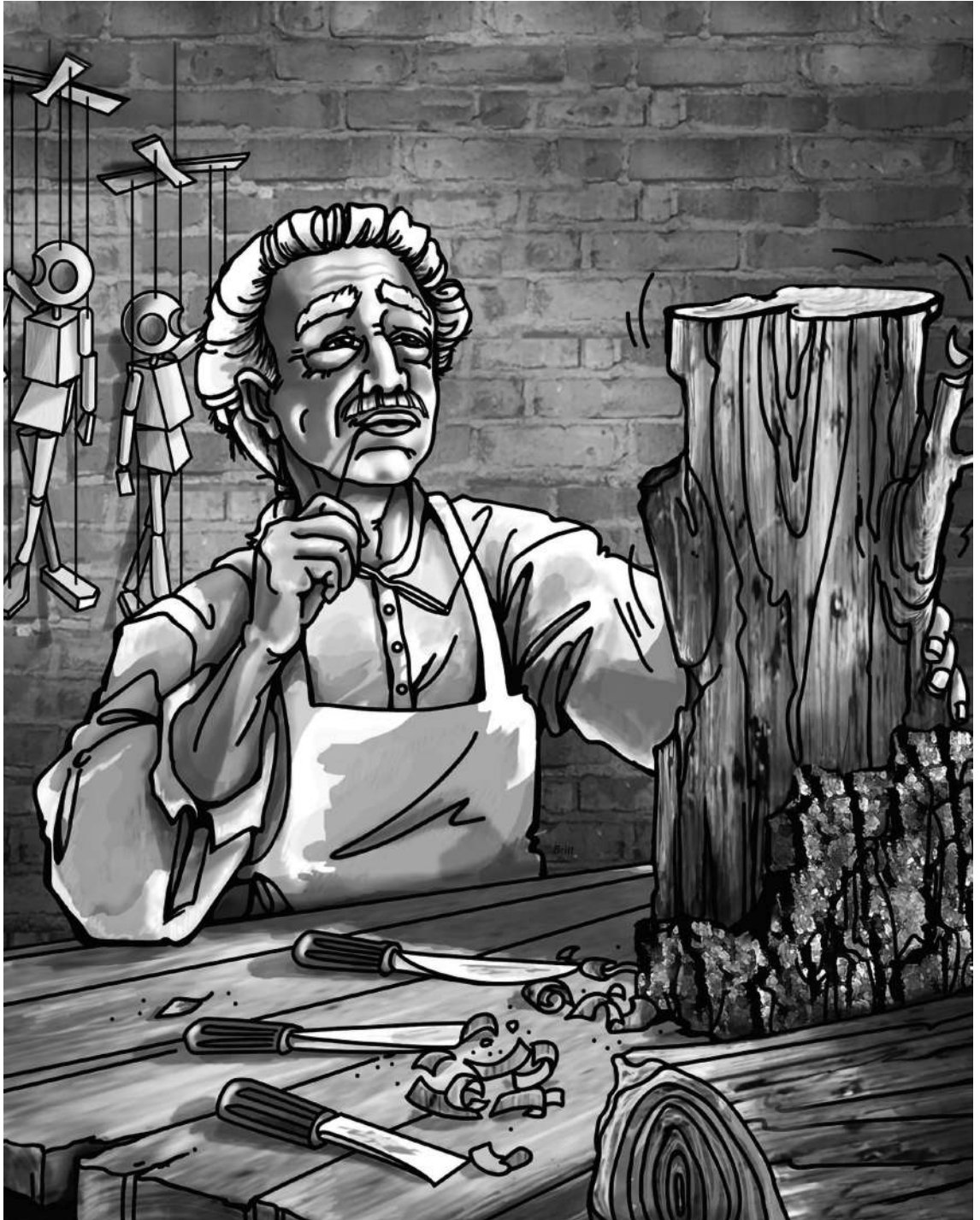
Para mayor información puedes comunicarte con nosotros
por el correo info@editorialunilit.com



Las Aventuras de Pinocho

Por

Carlo Collodi



I

Cómo fue que el maestro Cereza, carpintero de oficio, encontró un palo que lloraba y reía como un niño

Había una vez...

—¡Un rey! —dirán en seguida mis pequeños lectores.

—No, muchachos, se equivocan. Había una vez un pedazo de madera.

No era una madera de lujo, sino un simple pedazo de leña de esos palos que en invierno se meten en las estufas y chimeneas para encender el fuego y caldear las habitaciones.

No recuerdo cómo ocurrió, pero es el caso que, un día, ese trozo de madera llegó al taller de un viejo carpintero cuyo nombre era maestro Antonio, aunque todos lo llamaban maestro Cereza, a causa de la punta de su nariz, que estaba siempre brillante y roja como una cereza madura.

Apenas vio el maestro Cereza aquel trozo de madera, se alegró mucho y, frotándose las manos de gusto, murmuró a media voz:

—Esta madera ha llegado a tiempo; con ella haré la pata de una mesita.

Dicho y hecho. Cogió en seguida un hacha afilada para empezar a quitarle la corteza y a desbastarla. Cuando estaba a punto de dar el primer golpe, se quedó con el brazo en el aire, porque oyó una vocecita muy suave que dijo:

—¡No me golpees tan fuerte!

¡Figúrense cómo se quedó el buen viejo!

Giró sus espantados ojos por toda la habitación, para ver de dónde podía haber salido aquella vocecita, y no vio a nadie. Miró debajo del banco, y nadie; miró dentro de un armario que estaba siempre cerrado, y nadie; miró en la cesta de las virutas y del aserrín, y nadie; abrió la puerta del taller, para echar también una ojeada a la calle, y nadie. ¿Entonces?...

—Ya entiendo —dijo, riéndose y rascándose la peluca—; está claro que

esa vocecita me la he figurado yo. Sigamos trabajando.

Y, volviendo a tomar el hacha, descargó un solemnísimo golpe en el trozo de madera.

—¡Ay! ¡Me has hecho daño! —gritó, quejándose, la vocecita.

Esta vez el maestro Cereza se quedó con los ojos saliéndosele de las órbitas a causa del miedo, con la boca abierta y la lengua colgándole hasta la barbilla, como un mascarón de la fuente.

Apenas recuperó el uso de la palabra empezó a decir, temblando por el espanto:

—Pero, ¿de dónde habrá salido esa vocecita que ha dicho «¡ay!» ...? Aquí no se ve ni un alma. ¿Es posible que este trozo de madera haya aprendido a llorar y a lamentarse como un niño? No lo puedo creer. La madera, ahí está: es un trozo de madera para quemar, como todos los demás, para echarlo al fuego y hacer hervir una olla de porotos...

¿Entonces?

¿Se habrá escondido aquí alguien? Si se ha escondido alguien, peor para él. ¡Ahora lo arreglo yo! Y, diciendo esto, agarró con ambas manos aquel pobre pedazo de madera y lo golpeó sin piedad contra las paredes de la habitación. Después se puso a escuchar, a ver si oía alguna voz que se lamentase. Esperó dos minutos, y nada; cinco minutos, y nada; diez minutos, y nada.

—Ya entiendo —dijo entonces, esforzándose por reír y rascándose la peluca—. ¡Está visto que esa vocecita que ha dicho «¡ay!» me la he figurado yo! Sigamos trabajando.

Y como ya le había entrado un gran miedo, intentó canturrear, para darse un poco de valor.

Entretanto, dejando a un lado el hacha, cogió un cepillo para cepillar y pulir el pedazo de madera; pero, mientras lo cepillaba de abajo, oyó la acostumbrada vocecita que le dijo riendo:

—¡Déjame! ¡Me estás haciendo cosquillas!

Esta vez el pobre maestro Cereza cayó como fulminado. Cuando volvió a abrir los ojos, se encontró sentado en el suelo.

Su rostro parecía transfigurado y hasta la punta de la nariz, que estaba roja casi siempre, se le había puesto azul por el miedo.

II

El maestro Cereza regala el palo a su amigo Geppetto, que lo acepta para fabricar con él un maravilloso muñeco que sepa baile, esgrima y que dé saltos mortales

En aquel momento llamaron a la puerta.

—Pase —dijo el carpintero, sin tener fuerzas para ponerse en pie.

Entró en el taller un viejecito muy lozano, que se llamaba Geppetto; pero los chicos de la vecindad, cuando querían hacerlo montar en cólera, lo apodaban Polendina, a causa de su peluca amarilla, que parecía de choclo.

Geppetto era muy iracundo. ¡Ay de quien lo llamase Polendina! De inmediato se ponía furioso y no había quien pudiera contenerlo.

—Buenos días, maestro Antonio —dijo Geppetto—. ¿Qué hace ahí, en el suelo?

—Enseño el ábaco a las hormigas.

—¡Buen provecho le haga!

—¿Qué le ha traído por aquí, compadre Geppetto?

—Las piernas. Ha de saber, maestro Antonio, que he venido a pedirle un favor.

—Aquí me tiene, a su disposición —replicó el carpintero, alzándose sobre las rodillas.

—Esta mañana se me ha metido una idea en la cabeza.

—Cuénteme.

—He pensado en fabricar un bonito muñeco de madera; un muñeco maravilloso, que sepa bailar, que sepa esgrima y dar saltos mortales. Pienso recorrer el mundo con ese muñeco, ganándome un pedazo de pan y un vaso de vino; ¿qué le parece?

—¡Bravo, Polendina! —gritó la acostumbrada vocecita, que no se sabía de dónde procedía.

Al oírse llamar Polendina, Geppetto se puso rojo de cólera, como un pimiento, y volviéndose hacia el carpintero le dijo, enfadado:

—¿Por qué me ofende?

—¿Quién le ofende?

—¡Me ha llamado usted Polendina!

—No he sido yo.

—¡Lo que faltaba es que hubiera sido yo! Le digo que ha sido usted.

—¡No!

—¡Sí!

—¡No!

—¡Sí!

Y acalorándose cada vez más, pasaron de las palabras a los hechos y, agarrándose, se arañaron, se mordieron y se maltrataron. Acabada la pelea, el maestro Antonio se encontró con la peluca amarilla de Geppetto en las manos, y éste se dio cuenta de que tenía en la boca la peluca canosa del carpintero.

—¡Devuélveme mi peluca! —dijo el maestro Antonio.

—Y tú devuélveme la mía, y hagamos las paces.

Los dos viejos, tras haber recuperado cada uno su propia peluca, se estrecharon la mano y juraron que serían buenos amigos toda la vida.

—Así, pues, compadre Geppetto —dijo el carpintero, en señal de paz—,

¿cuál es el servicio que quiere de mí?

—Quisiera un poco de madera para fabricar un muñeco; ¿me la da?

El maestro Antonio, muy contento, fue en seguida a sacar del banco aquel trozo de madera que tanto miedo le había causado. Pero, cuando estaba a punto de entregárselo a su amigo, el trozo de madera dio una sacudida y, escapándosele violentamente de las manos, fue a golpear con fuerza las flacas canillas del pobre Geppetto.

—¡Ah! ¿Es ésta la bonita manera con que regala su madera, maestro Antonio? Casi me ha dejado cojo.

—¡Le juro que no he sido yo!

—¡Entonces, habré sido yo!

—Toda la culpa es de esta madera...

—Ya sé que es de la madera; pero ha sido usted quien me la ha tirado a las piernas.

—¡Yo no se la he tirado!

—¡Mentiroso!

—Geppetto, no me ofenda; si no, le llamo ¡Polendina!...

—¡Burro!

—¡Polendina!

—¡Bestia!

—¡Polendina!

—¡Mono feo!

—¡Polendina!

Al oírse llamar Polendina por tercera vez, Geppetto perdió los estribos y se lanzó sobre el carpintero; y se dieron una paliza. Acabada la batalla, el maestro Antonio se encontró dos arañazos más en la nariz y el otro, dos botones menos en su chaqueta. Igualadas de esta manera sus cuentas, se estrecharon la mano y juraron que serían buenos amigos toda la vida.